

Retrato de boda

Hermila Pizaña

Esta tarde decidí recuperarte, después de hurgar un poco en mi escondite secreto. Eres único y en su momento fuiste el mejor de todos. Te conservé porque me gustas y resultas grato a mis ojos y a mi sensibilidad. Recorro visualmente tu contenido y descubro que reflejas como un espejo a mi conjunto: mi existencia e individualidad, por una parte, y por otra un entorno austero que coincide con mi persona; contemplándote es posible palpar mis sueños y esperanzas matrimoniales en medio de mi felicidad.

Ahí estoy de cuerpo entero, envuelta en mi vestido de color blanco aperlado. Íntegra, sencilla, tan sencilla como la piel de mis manos; delgada y con apariencia frágil, tan frágil como la espiga dorada que se quebranta ante la furia del vendaval. Poco importante hay a mi alrededor, todo es transparente; sólo un corazón escondido y palpitante y una voz discreta y silenciosa que a cada momento me dice: ¡Sonríe Hermila, tú puedes, adelante! Los regalos que están frente a mí, denotan las buenas intenciones de quienes gentilmente nos halagaron con esos presentes: muchos o pocos, buenos o no tan buenos, sinceros u obligados... A estas alturas todavía guardo unos cuantos como recuerdos del acontecimiento.

Edad: 23 años; consciente de que fallé a mis promesas y convicciones juveniles: estudios, viajes, ropa y finalmente el casamiento, el que realizaría hasta los 27 o 28 años, siempre que estuviera muy enamorada. Las fotos del famoso convertible, de la iglesia, del salón y del viaje ya no existen; fueron muriendo lentamente con el tiempo y con el amor.

¿Yo, Hermila, en un carro convertible? No lo podía creer, si casualmente los conocía por las películas del actor James Dean.

Estaba enterada de que el esposo de una de mis primas tenía uno y que lo rentaban a gente popofona para eventos especiales. Era único en el lugar y mis familiares nos lo ofrecieron para trasladarnos el día de nuestra boda.

—¡Arriba los novios! Gritaron aquel sábado por la tarde los jóvenes que paseaban por la Avenida Independencia, lugar por donde obligadamente teníamos que pasar para llegar a la iglesia de San José.

—¡Adiós suegro, si quiere yo la acompaño!

—¡Eh, mandilón: ya te atraparon!



Y yo con el tocado y el velo, navegando contra el viento entre risas y nervios. El tocado era una pequeña coronita, sostenida con unas cuantas pinzas que apenas se detenían porque traía el cabello muy corto. Al llegar a la iglesia, una desconocida corrió apresurada a enderezármelo porque lo llevaba ladeado:

—Espérese “m’ija”, deje arreglarle su tocado porque lo lleva chueco y eso es de mal agüero.

Cuando entraba del brazo de mi padre a la iglesia, volví los ojos al altar de San Antonio y de pasadita le di las gracias por aquello de las dudas. Ignoraba que tenía que entrar con la cara cubierta por el velo y otra señora desconocida, de escapulario en pecho, nos detuvo para cubrirme la cara ya que la gente podría pensar que por ese detalle ya no era señorita. Velo y coronita me los prestó una de mis cuñadas porque, según ella, era de buena suerte llevar algo prestado.

Cuando llegamos al Club Río de Janeiro, salón donde fue el festejo, nos sorprendimos porque sólo estaban unos cuantos familiares. Una hora después empezaron a llegar todos; en ese momento desapareció la angustia y nosotros, con los padrinos, entramos al salón.

Al momento de aventar el ramo, la silla se patinó y estuve a punto de caer. Como era de flores naturales, con el movimiento se estropeó y, en vez de ramo, aventé flores para todos lados. La liga siempre me trajo nerviosa, pues mis piernas eran tan delgadas que a cada momento se me resbalaba hasta llegar a los zapatos.



Al salir de la iglesia, mi hermana discretamente me la quitó, luego en el salón me la volví a colocar. Cuando la iba a aventar ya estaba de nuevo abajo; el novio la buscaba en el chamorro o arriba de la rodilla y por más que yo le decía dónde estaba, no me escuchaba o se hacía que no entendía; conociéndolo bien, creo que le estaba haciendo al gracioso.



La boda fue un 18 de marzo y en Parral aún hacía frío; ya era Semana Santa e iniciaba el período de vacaciones. Nos fuimos de viaje al Puerto de Mazatlán. Viajamos en camión de pasajeros. Yo iba desvelada y con mucho dolor de cabeza; él me había comentado que íbamos directo a Mazatlán, pero al llegar a la ciudad de Durango me dijo que haríamos escala para descansar esa noche (ja, ja, ja); esa inesperada sorpresa me causó un fuerte dolor de estómago.

Otro día por la tarde, emprendimos de nuevo el viaje. Ya no sabía si mi esqueleto me cargaba a mí o yo a él. Al llegar al hotel ya habíamos perdido la reservación; trataron de acomodarnos en otros hoteles pero estaban saturados. A eso de las dos de la mañana, nos llegó un ángel del cielo. ¡Por fin Señor, te apiadaste de mí! murmuraba yo en silencio. No recuerdo si era el propietario o el gerente del hotel, quien gentilmente nos cedió su suite por todo el tiempo que duráramos en el lugar.

Como yo no conocía el mar, llevé la ropa menos apropiada: un traje de baño negro que me hacía verme más delgada, pantalones de telas gruesas que empezaban a usarse hasta las rodillas y blusas con mangas largas. Al llegar tuve que comprar ropa adecuada para el lugar.

Aquel 18 de marzo dije sí: sí para siempre, sí para toda la vida; había llegado a mí el elegido, el que me hizo perder la cabeza y romper con mis esquemas futuristas más pronto de lo que esperaba. A partir de la decisión de casarnos, nuestra boda se convirtió en el sueño anhelado, bendito; y él y yo, en los seres más felices de la tierra: comprometidos, enamorados, dispuestos a poner las bases para una nueva familia y a construir un futuro prometedor, porque los dos éramos personas de mucho trabajo.

¡Cuántos recuerdos asociados a un retrato de boda!



avanzando a su encuentro; mi papá muy erguido y en actitud alerta, yo agazapada entre su saco, el Azabache y el Pinto caminando como si nada. Aquella cosa atacó al caballo echándose encima de sus patas delanteras, pero el animal se la sacudió con una leve patada y un resoplido de impaciencia. Con el golpe, una maraña de gatuños rodó hacia un lado y una cantidad enorme de luciérnagas voló, envolviéndonos en su mágica luz mientras buscaban refugio en la oscuridad.

Antes de que las luciérnagas se perdieran en la noche, dejándonos otra vez en penumbra, las contemplamos en un silencio que algo tenía de veneración. Cuando reaccionó, mi papá logró atrapar una, que con rítmicos latidos dejaba escapar entre sus dedos destellos de luz sonrosada. El gozo y la paz que me produjeron aún perduran en mi memoria, y vuelven a mí siempre que me toca la suerte de encontrarlas, cuando por las noches después de la lluvia, salgo a caminar.

La risa nos duró hasta el pueblo, donde la gente se enteró de lo sucedido esa misma noche, pues Herminio mi primo ya había organizado un grupo para salir a buscarnos. La verdad sobre las bolas de fuego corrió como reguero de pólvora. Algunos la recibieron con alivio y otros con desencanto. Es más, la mayoría decidió seguir creyendo en las brujas, que convertidas en bolas de fuego trataban de hechizar a todo aquel que se atreviera a profanar su territorio. Y por muchos años las culparon de las calamidades y desgracias que ocurrieron por aquel tiempo.